

La familia de Noé obra con Dios: Alumno (7/12)

Dr. Justo L. González



Génesis 11:27, 31; 12:1-5

Lecciones Cristianas

14 de octubre de 2018

La familia de Noé obra con Dios (alumno)

(7 de 12)

Texto impreso: Génesis 11:27, 31; 12:1-5 (RVR 1960)

27 Estas son las generaciones de Taré: Taré engendró a Abram, a Nacor y a Harán; y Harán engendró a Lot.

...

31 Y tomó Taré a Abram su hijo, y a Lot hijo de Harán, hijo de su hijo, y a Sarai su nuera, mujer de Abram su hijo, y salió con ellos de Ur de los caldeos, para ir a la tierra de Canaán; y vinieron hasta Harán, y se quedaron allí.

Génesis 12:1-5

Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. 2 Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. 3 Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra. 4 Y se fue Abram, como Jehová le dijo; y Lot fue con él. Y era Abram de edad de setenta y cinco años cuando salió de Harán. 5 Tomó, pues, Abram a Sarai su mujer, y a Lot hijo de su hermano, y todos sus bienes que habían ganado y las personas que habían adquirido en Harán, y salieron para ir a tierra de Canaán; y a tierra de Canaán llegaron.

Propósito de la lección

Continuamos nuestro estudio del Génesis, pasando ahora a la historia del llamamiento de Abram. Entre esta historia y la de la semana pasada hay un vínculo importante, pues tanto Noé como Abram lucharon la voz de Dios, y como resultado de esa voz cada uno de ellos emprendió tareas inusitadas. Y ambos personajes se unen también en otro paralelismo, pues tanto Noé como Abram recibieron una promesa de Dios, y esa promesa fue parte del pacto de Dios con ellos. Nuestro propósito será ver cómo en nuestros días Dios nos llama de nuevo a una vida diferente, y ese llamamiento incluye una promesa y un pacto.

Examen de la Escritura

Aunque el texto impreso es mucho más breve, el trasfondo que se sugiere que leamos antes de la clase es bastante más extenso, pues incluye cuatro capítulos de Génesis – los capítulos 9 al 12. Si lee usted esos capítulos verá que en ellos se incluyen muchas cosas de importancia. Por una parte, al principio de ellos volvemos a la historia de Noé y su familia inmediata. Tras el diluvio, Noé y su familia se asientan en la tierra, y Dios les promete que nunca más habrá un diluvio destructor como el que han experimentado. Lo que es más, Dios sella esa promesa con un pacto, y la señal de ese pacto es el arco iris, que en medio de la tempestad será siempre anuncio del fin de la tormenta. Luego la narración pasa a la bien conocida historia de la torre de Babel y por último a una larga genealogía que conecta a Noé con Abram.

Cuando el texto impreso empieza refiriéndose a Taré, el padre de Abram, nos está recordando que hay una línea directa que lleva de Noé a Abram. Aunque frecuentemente esas largas genealogías que aparecen no solamente aquí, sino también en los Evangelios de Mateo y de Lucas, nos parecen aburridas, tienen una función, pues nos recuerdan que la obra de Dios va teniendo lugar a través de una sucesión en la que cada cual está como de pie sobre los hombros de las generaciones anteriores. En este caso, Taré es descendiente de Noé, y por tanto a través de él y de sus antepasados Abram es heredero de Noé.

La historia que aquí se nos cuenta es sencilla. La familia de Taré vivía en la ciudad de Ur, en la región de Caldea, en la región entre los ríos Eufrates y Tigris que se conoce como Mesopotamia.

Por alguna razón que el texto no nos dice, Taré decidió partir de Mesopotamia camino a la tierra de Canaán. Pero, también por alguna razón que no se nos explica, llegó solamente hasta la ciudad de Harán, donde pasó el resto de sus días.

Pero Abram no se quedó allí, sino que escuchó la voz de Dios que le mandaba continuar el viaje a la tierra de Canaán. En respuesta a ese llamado, Abram y su esposa Sarai – quienes más tarde se llamarían Abraham y Sara – partieron rumbo a Canaán. Les acompañaba, además de muchos otros allegados y sirvientes, el primo hermano de Abram, Lot.

Según vemos al principio del capítulo 12, Abram había escuchado la voz de Dios, que le ordenaba salir de su tierra y de la casa de su parentela hacia una tierra que Dios le mostraría. (Puesto que conocemos el resto de la historia, sabemos que era la tierra de Canaán. Pero cuando Abram partió en respuesta al mandato divino solamente sabía que Dios demostraría la tierra adonde debía ir.

Pero, como frecuentemente sucede en la Biblia, lo que Dios le dice a Abram no es solo un mandato, sino también una promesa. Esa promesa es que de Abram saldrá una nación grande, puesto que Dios le bendecirá. Dios le promete su compañía bendiciendo a todos quienes bendigan a Abram y maldiciendo a quienes le maldigan. Pero lo más sorprendente e interesante de todo es que Dios no solamente le promete bendecir a Abram, sino que le dice también que Abram será una bendición para todas las familias de la tierra. En otras palabras, Dios bendice a

Abram para que él también a su vez sea bendición.

El viaje desde Harán hasta Canaán sería largo, particularmente por cuanto no se trataba solamente de Abram y su esposa, sino también de toda una multitud de personas y de vastos rebaños que sería necesario apacentar en el camino. Pero, puesto que ese no es el punto importante de la historia, sencillamente se nos dice que llegaron a Canaán.

Aplicación

Cuando leemos juntas las historias de Taré y de su hijo Abram, vemos que Dios no les anuncia el propósito de sus acciones. No sabemos por qué razón Taré salió de Ur. Sabemos que tenía el propósito de seguir de viaje hacia Canaán, pero no se nos dice una palabra acerca de las razones que le llevaron a tomar tal decisión. En contraste, sí se nos dice que Abram partió de Harán – es decir, continuó el camino que su padre había emprendido pero no completado – porque Dios se lo ordenó. El primero actúa por alguna razón desconocida, y el segundo continúa lo que el primero empezó con un claro sentido de vocación divina.

Esto nos recuerda que Dios cumple en la historia humana los secretos designios divinos, unas veces dejándoles saber a las personas lo que han de hacer, como a Abram, y otras sencillamente usando lo que esos hijos hacen por cualquier otra razón. Tanto Taré como Abram están sirviendo a los planes de Dios. Pero el primero no lo sabe, y el segundo sí.

Es importante recordar esto, porque con mucha frecuencia los creyentes imaginamos que si Dios quiere que hagamos algo nos lo hará saber de manera directa. Pero debemos saber también que muchas de las acciones que tomamos por cualquier otra razón también pueden ser parte de los designios divinos.

Si cada uno de nosotros y nosotras se detiene a reflexionar sobre nuestra propia vida y sobre los resultados inesperados de muchas de nuestras acciones, frecuentemente veremos que Dios nos estaba bendiciendo aun sin que lo supiéramos. Muchos nos habremos mudado a una nueva ciudad en busca de trabajo y allí, gracias al testimonio de la iglesia en ese nuevo lugar, hemos conocido al Señor. Estudiamos alguna carrera sencillamente porque nos gustaba, y ahora descubrimos que es el fundamento de un amplio ministerio que nos ha sido dado. Fuimos a algún lugar de mala gana y allí conocimos al cónyuge con quien compartiríamos tanto la fe como el llamado a una nueva aventura de fe.

Deténgase a reflexionar sobre este tema. ¿Ha tenido usted alguna experiencia semejante? ¿Conoce usted a alguien que la haya tenido?

Por otra parte, también a veces la voz de Dios nos llega con tal claridad que sabemos que efectivamente se trata de esa voz. Lo que hacemos entonces lo hacemos en obediencia a lo que Dios nos dice. Frecuentemente, tales llamados nos llevan a ver el significado de decisiones que tomamos antes por cualesquiera otras razones. Así, bien podemos imaginar a Abram meditando

acerca del viaje emprendido por Taré, y cómo ese viaje era preludio y preparación para su propio llamado a una nueva peregrinación. ¿Ha tenido usted alguna experiencia semejante?

Cambiando de perspectiva, vemos que lo que Dios promete a Abrahán es no solo que le bendecirá, también que el propio Abram será de bendición para otros. Dios no bendice a Abram solamente para que esté contento, para que pueda jactarse del enorme número de su descendencia, sino que le bendice para que él mismo a su vez sea bendición. Medite sobre esto. Dios nos bendice, no es solamente para que nos regocijemos en esa bendición, sino también para que la compartamos. Tristemente, hoy escuchamos algunos predicadores cristianos diciéndonos que si somos fieles Dios nos bendecirá con bienes abundantes; pero no se nos dice que si recibimos tales bienes de la mano de Dios ha de ser para que los usemos para bendecir a quienes necesitan de ellos. En cuanto a la fe, Dios no nos la da solamente para que nos alegraremos y le demos gracias, sino también para que la compartamos. De igual manera que una fe que no se comparte no es verdadera fe, así también una bendición que no se comparte no es verdadera bendición. ¿Ha tenido usted alguna vez experiencia de compartir una bendición y descubrir que se vuelve cada vez más grande? La bendición que Dios pronuncia sobre Abram será de beneficio para todas las naciones, y es gracias a esa bendición que hoy los creyentes podemos decir que somos hijos de Abrahán. Lo que es más, la bendición que Dios pronuncia sobre Abram sigue bendiciendo a la humanidad siglos después de muerto Abram. Seguramente en el mismo Abram se daría cuenta del enorme alcance de esa bendición recibida y compartida, que hasta el día de hoy sigue bendiciendo a miles de millones. Y, ¿qué de nosotros? ¿No somos

herederas y herederos de bendiciones derramadas sobre otras personas bastante antes de que nacióramos? Quienes copiaron y copiaron la Biblia nos siguen bendiciendo todavía hoy. Quienes proclamaron el evangelio nos siguen bendiciendo todavía hoy. ¿A quién en el futuro bendecirán nuestras bendiciones? No lo sabemos; pero sí sabemos que así será; que el Dios que hoy nos bendice es el mismo Dios que bendecirá a las generaciones futuras.

Oración

Gracias, Dios nuestro, porque nos has bendecido. Porque al bendecir a Abram también nos bendijiste. Porque al colocar nuestras vidas en tus manos sabemos que la bendición que hoy recibimos será también bendición para quienes nos sigan en los siglos venideros. Bendícenos, Señor, y haz que esa bendición bendiga también a quienes nos rodean y a quienes mañana nos seguirán. Amén.

The logo for AETH features a stylized, multi-colored triangle (pink, yellow, and blue) above the word "AETH" in a large, light purple, serif font.